



ORAR EN EL MUNDO OBRERO

📅 2º Domingo de Pascua • 16 de abril de 2023 • www.hoac.es



Me dispongo a la oración con estos textos

“ La falsa paz que se impone por los vencedores a los vencidos es siempre fermento de nuevas guerras. En la verdadera Paz, que es la de Cristo, no puede haber más que vencedores. Que, por una paradoja, son todos los vencidos por el amor de Cristo.

–Guillermo Rovirosa, O.C. TI, 226

“ La paz que Jesús nos da en Pascua no es la paz que sigue las estrategias del mundo, que cree obtenerla por la fuerza, con las conquistas y con varias formas de imposición. Esta paz, en realidad, es solo un intervalo entre las guerras: lo sabemos bien. La paz del Señor sigue el camino de la mansedumbre y de la cruz: es hacerse cargo de los otros.

–Francisco, Audiencia General 13 abril 2022

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

Tomás, en el evangelio de hoy, reconoce al Señor tocando sus heridas; cree viendo a Jesús. Nuestro tiempo de Pascua es tiempo también para ver y reconocer a Jesús, tocando la carne sufriente de los empobrecidos, acercándonos a sus heridas, como la que comparte [Roberto](#), «[parado de larga duración](#)», en *Noticias Obreras* del pasado marzo. O las heridas de los [trabajadores fallecidos y atrapados en la mina de Suria](#), las heridas de las víctimas y sus familiares.

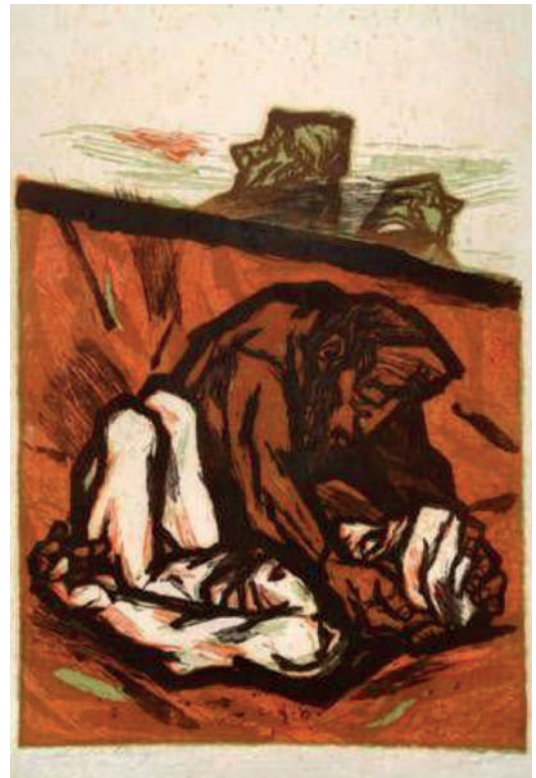
O las heridas del mundo obrero más cercano a mí, la de las personas y familias que acompaño, con las que vivo.

Heridas

*Tocando tus heridas te reconozco.
Mirando mis heridas te encuentro.
Y me envías a las heridas del mundo.
No puedo mirar si no me sanas,
no puedo creer si no me acaricias,
no te puedo seguir si no me llamas.*

*Me sanas, me acaricias, me llamas.
Y solo alcanzo a decir
«Señor mío y Dios mío».*

(Javi Montes, sj)





ORAR EN EL MUNDO OBRERO

2º Domingo de Pascua • 16 de abril de 2023 • www.hoac.es



Hoy me dice LA PALABRA...

Juan 20, 19-31. Paz a vosotros.



Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo». A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros». Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente».

Contestó Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto».

Palabra del Señor



Acojo la Palabra en mi vida

Con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Así vivimos muchas veces. Cuando Jesús no está vivo en medio de nosotros, cuando no habita nuestra existencia personal y comunitaria, somos una comunidad –a veces, ni eso– sin horizonte, encerrada, temerosa, aislada (auto-referencial, como dice el Papa).

Cuando vivimos encerrados en nosotros mismos es imposible crecer en fraternidad, porque nos cerramos por miedo al encuentro con quien es diferente a nosotros, con quien hace tambalear nuestra autosuficiencia, y con quien puede reclamar de nosotros la vivencia de la fraternidad y, por tanto, nuestra conversión y nuestra desinstalación.

Nuestros miedos son, muchas veces, a nosotros mismos; no tanto a los de afuera, sino a lo que el encuentro con ellos puede provocar en nosotros. Nuestros miedos son, muchas veces, a la desinstalación que nos empuja a las periferias, y que nos empuja a asumir nuestra vida como misión, a entregarla, a asumir los riesgos del encuentro y del tender puentes; que nos empuja a vivir en Esperanza.

Y, sin embargo, no tenemos otro camino. El encuentro con el Resucitado que nos da su paz nos envía también al encuentro vital con los otros, con nuestras hermanas y hermanos, y nos envía a tender los puentes del encuentro que hacen posible la fraternidad. Y no tenemos otro camino, salvo que malbaratemos la Gracia y acallemos la voz del Espíritu que recibimos también de mano del Resucitado.

Recibimos el Espíritu del Resucitado para hacer posible nuestra vida y nuestra misión, para capacitarnos en vivir la Vida Nueva, y para experimentar -sin miedo- la alegría confortadora del Evangelio.

Nuestra fe es un camino de preguntas sin las respuestas que quisiéramos; son otras las que recibiremos, y es, sobre todo, un camino que solo puede recorrerse en comunidad, como Iglesia. Caminar juntos sinodalmente nos permite reconocer al Resucitado, y reconocerlo en las llagas de las personas empobrecidas. A ellas ha de llegar la paz que el Resucitado nos da. A ellas ha de llegar la alegría del evangelio que se hace vida, en otro mundo posible, tejido con lazos de fraternidad. Al encuentro fraterno con ellas nos envía el Señor Resucitado.

En ese encuentro con el Resucitado y con los otros Cristos, podemos también confesar como Tomás: «Señor mío, y Dios mío», sacándonos de una fe convencional, sociológica, ideologizada, a la experiencia vital y gozosa de la presencia del Resucitado en nuestras vidas. Es un encuentro que transforma radicalmente nuestra existencia.

Ahora es tiempo de vivir ese encuentro.

Esta Pascua, ¿qué pasos he de dar, qué encuentros he de vivir, para experimentar la alegría de la Resurrección?



Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre

Puesto que ha resucitado

Puesto que Cristo ha resucitado,
creemos que Dios ama al ser humano
y que esto es lo más importante,
mucho más que lo que nosotros le amemos a Él.

Puesto que Cristo ha resucitado,
creemos en la vida
de cada ser humano
¡para siempre!

Puesto que Cristo ha resucitado,
no nos quedamos en la muerte,
de nadie
nunca.

Puesto que Cristo ha resucitado,
creemos que el ser humano es ilimitado,
y que nada de cuanto podamos imaginar
es demasiado grande para él.

Puesto que Cristo ha resucitado,
podemos empezar una vida nueva
de mujeres y hombres resucitados y hermanos
ahora mismo.

Puesto que Cristo ha resucitado,
el mundo está en marcha
y no lo detendrán las conquistas logradas
ni los intereses de los vencedores.

Puesto que Cristo ha resucitado,
estamos en la renovación permanente,
y es preciso transformar el mundo
desde sus cimientos.

Puesto que Cristo ha resucitado,
hay que construir una ciudad solidaria,
donde el hombre no sea lobo para el hombre,
sino compañero y hermano.

Puesto que Cristo ha resucitado,
tenemos su Espíritu entusiasta
y queremos llevarlo bien visible
para contagiar a muchos.

Puesto que Cristo ha resucitado,
creemos en una Tierra Nueva,
donde habrá un amor y una casa para
todos.

Y porque así lo creemos y esperamos,
confesamos
que no tenemos nada que conservar;
y afirmamos
que el mejor modo de conseguirlo todo
es perderlo todo
por esta sola causa. (Patxi Loidi)



Termino ofreciendo toda
mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos,
todo el día...

María, madre de los pobres,
ruega por nosotros.